

LA NOCHE EN QUE EL MUNDO TERMINO

Fredric Brown

- ¿Cerveza, mister Raymer? - preguntó Nick el Griego. Bill Raymer, marginista del Courier-Times, colocó un pie sobre la barra de metal.

- Sí, Nick. ¿Cómo van las cosas? ¿Ha llegado ya Halloran?

- Aún no, mister Raymer. - Nick sacó de un golpe la espuma y despidió la cerveza a lo largo del mostrador.

- ¡Maldita sea! Esperaba no coincidir hoy con él.

A nadie le gustaba Halloran, editor nocturno y erudito general. El concepto que tenía de una broma era conseguir que alguien se partiera una pierna. Como aquella vez en que envió a un novato, al que estaba probando para un trabajo de reportero, a que obtuviese la historia de Louis Goroni, el rey de los gansters. Creía que Goroni le daría el susto de su vida al muchachuelo y que lo enviaría con viento fresco y una patada en la espalda. Que es lo que realmente ocurrió, exceptuando que lo envió desde la ventana de un segundo piso a pasar tres meses en el hospital. Además no consiguió el reportaje. Halloran estuvo riéndose durante toda una semana.

Raymer era el único cliente en el bar. Johnny Gin dormía en una esquina y Metaxa, el gato, estaba examinando la madriguera de un ratón con el cuidado que ello se merecía.

Nick se sirvió él mismo una caña de cerveza y se la echó al colete.

- ¿Muchas noticias importantes esta noche, mister Raymer?

- Esta es la noche más muerta desde hace años. Espero que estalle de pronto una gran noticia, o de lo contrario vamos a tener un periódico muy tristón.

Nick los miró con aire pensativo.

- ¿Cuál sería la mayor noticia que pudiera suceder?

- Supongo que el fin del mundo, Nick.

Se abrió la puerta para dar entrada a otro cliente. Raymer deslizaba su vaso describiendo grandes círculos sobre el mostrador.

- El fin del mundo será el sábado por la noche - dijo, y tomó un largo trago de cerveza.

Alguien le dio una palmada en la espalda, riendo entre dientes mientras Raymer se atragantaba.

- ¿Qué demonios significa eso del fin del mundo? ¿Has estado bebiendo de la misma botella que Johnny Gin?

Halloran estaba de buen humor. Probablemente alguien acababa de resbalar sobre una piel de plátano que él había dejado caer en el suelo.

Raymer se incorporó.

- Hola, mister Halloran, ¿cerveza?

- Sí. Vamos, Bill, ¿qué significa todo eso de que el fin del mundo será el próximo sábado?

Raymer se encogió de hombros.

- El nombre de un cuadro. Un artista pintó un cuadro de un café de París llamado «El fin del mundo». Le puso al cuadro el nombre «El fin del mundo, el sábado por la noche». Eso es todo.

- ¿Y qué más? - deseó saber Halloran.

- Y nada más. Simplemente, lo recordaba. Olvídalo. Sírveme otra cerveza, Nick.

- Sería todo un titular - dijo Halloran -. «El mundo acabará hoy noche, a la 1,45». Dame otra cerveza, Nick.

Nick se rió entre dientes.

- Quizás acabe esta noche, mister Halloran. Hoy es sábado y de noche, desde luego.

Raymer sonrió sin ganas.

- Sería una noticia que acabaría con todas las demás, de acuerdo. Sólo que no la podrías publicar, si es que estás pensando en ello. Una edición como ésa y tendrías que pasar el resto de tu vida en la cárcel, si es que antes no te había linchado ya la gente.

Halloran asintió. Dejó su vaso vacío sobre el mostrador y recorrió con la vista la barra.

Su mirada se posó en Johnny Gin, dormido allí en la esquina. El viejo Johnny, empapado de alcohol y chistoso, cuyo apellido nadie conocía ni se preocupaba en averiguar; otro de esos pobres hombres que viven a base de sablazos y que había atracado en el puerto del Griego ya que éste le daba bebida a cambio de barrer, fregar y limpiar las escupideras.

Halloran se echó a reír.

- Imaginad lo que haría Johnny Gin si pensase que el mundo iba a acabar esta noche - dijo -. Dame otra cerveza, Nick.

Raymer levantó una ceja medio milímetro.

- ¿Quieres decir con ello que ya estás pensando en imprimir una edición especial para enterarte?

- ¿Una tirada especial? Johnny no puede leer nada menor que los títulos. Todo lo que tenemos que hacer es conseguir una galerada de prueba de un titular de primera plana, y pegarlo sobre cualquier diario; podríamos despertarle y decirle que el mundo está acabando. Pero...

- Le falta el toquecillo artístico - dijo Raymer.

- Johnny acaba de pillarla ahora mismo - dijo Nick.

- ¿Es verdad eso? - dijo Halloran -. Bueno, de todas formas él siempre está borracho. Le daré unas tortas y lo despertaré.

- Creo que Nick tiene razón, Halloran - dijo Raymer -. Esta vez parece que la ha pillado más fuerte que nunca.

Halloran se encontraba ya en su elemento.

- De acuerdo, pesados, os lo demostraré. Después de cenar os traeré un apañito... Un momento; mucho mejor, se lo daré al muchacho que vende los diarios en la esquina. Cuando esté aquí le contaremos a Johnny que no trabajo ya en el diario y así él no se preguntará por qué no lo sabía ya antes...

- Johnny no pensará nada - dijo el Griego.

- De todas formas vamos a intentarlo - dijo Halloran -. Así pues, después de mi llegada el chico de los diarios sacará la cabeza por la puerta y gritará:

- ¡Extraordinario! ¡Extraordinario! ¡Léanlo!

- Dame uno - dijo Halloran.

Le dio una moneda al chico y cogió el primer diario del montón. El muchacho salió corriendo.

Johnny Gin había estado apoyado contra la pared del fondo del bar. Nick lo había despertado precisamente unos minutos antes de que llegase Halloran.

Halloran lo había invitado a una cerveza y él la había levantado en un grave brindis hacia su benefactor. Pero sabía que no querían que se introdujese en su conversación, y esto le parecía bien a Johnny Gin.

Él no tenía nada que contarles, ni ellos a él. Su mundo era otro; su mundo estaba hecho de cosas como el reflejo del humo en el espejo, la sensación que le producía aquella astilla en la madera del mostrador cuando la recorría con su dedo una y otra vez, el olor a whisky, y los extraños y soñolientos pensamientos que tenía de cuando en cuando, y que luego apenas podía recordar con claridad.

Le dio otro tirón a la cerveza. Era floja, pero...

- ¡Dios mío! - estaba diciendo Halloran -. ¡Nick, Johnny! ¡Mirad!

Halloran parecía excitado. Probablemente, pensó Johnny, algo relativo a la guerra. La gente se excita con eso de las guerras.

Para no quedar mal atisbó desde el fondo del bar hacia el diario que sostenía Halloran. Fijó la vista, pero sólo vio un diario agrisado y una línea más oscura en la cabecera. Tuvo que acercarse hasta que estuvo a punto de tocar a Halloran antes de que los titulares quedasen enfocados por su vista. Estaba impreso en grandes y negros caracteres que presidían el principio de la primera página:

«El mundo acabará hoy a la 1,45»

Sus labios fueron pronunciando las palabras dificultosamente.

- ¡Esta noche! - dijo Nick.

Halloran dio la vuelta al diario de nuevo. Sus manos temblaban ligeramente mientras leía la letra pequeña.

- Colisión con Marte. Marte ha salido de su órbita a causa de un repentino cambio de la fuerza gravitatoria del Sol. Marte ha salido disparado en dirección al Sol y alcanzará a la Tierra en su recorrido, a la 1,45 de esta madrugada. El impacto convertirá los dos planetas en polvo.

- ¡Caray! - dijo Nick.

- El Observatorio de Harvard, el de Lick, todos los demás lo confirman.

Dejó el diario sobre la mesa. Su mirada se perdió en el infinito.

- ¡Dios mío! - dijo -. ¡Nick, estaremos muertos dentro de dos horas y cuarto! ¡Todos nosotros! ¡Muertos!

Parecía muy preocupado, pensó Johnny Gin. Probablemente otros muchos también se preocuparían por ello. Quizás aún le quedaba mucha vida por delante a Halloran, aunque no lo parecía.

Así pues, el mundo estaba a punto de acabar. Bueno, de todos modos ¿había algo que él, Johnny, pudiera hacer para remediarlo? Exceptuando, naturalmente...

Notó que ambos, mister Halloran y Nick, estaban con la mirada fija en él esperando que dijera algo, preguntándose lo que iba a decir.

Se aclaró la voz.

- Bueno, Nick, ¿querrías darme una botella de ese Brentwood? Un vaso quizás. Ya... - Iba a ofrecerse para algún trabajo extra en el próximo día, pero se dio cuenta de lo absurdo que era. No habría mañana -. Bueno, ¿querrías?

Nick se encogió de hombros.

- Ya te lo decía - le dijo a Halloran -. Bien, me ha tocado el corazón. Voy a darle lo que pide.

Halloran parecía disgustado.

- ¡Maldito borracho! -.gruñó -. ¡No tienes ni entrañas para asustarte!

Nick cogió una botella del fondo y la hizo deslizar hacia Johnny. Éste la abrió con mano de experto, adquirida por una larga práctica.

- Gracias - dijo - por la última vez que te veo.

Levantó la botella y bebió un trago moderado. No quería emborracharse demasiado; quería que aquella botella le durase. Deseaba poder pasear por las calles antes de que aquello ocurriese, y ver los fuegos artificiales. Podría resultar interesante.

Volvió hacia su silla de la esquina y se tumbó en ella.

Era un pensamiento reconfortante; aquella noche no tendría que barrer ni fregar. Nick cerraba a las dos, y eso ya sería quince minutos demasiado tarde.

Pero, ¿qué más daba? En realidad se sentía triste por lo que iba a ocurrir; tampoco era tan malo ese mundo. Era borroso y confuso a veces, pero casi le gustaba, exceptuando los pocos momentos en que las cosas no eran confusas del todo. Aquellos momentos de claridad en que recordaba cuál había sido su nombre y quién había sido él, de lo cual no podía fanfarronear demasiado, y quién era él ahora, en estos momentos. Y en estas ocasiones se veía obligado a beber mucho, y de prisa, con lo que los recuerdos se marchaban y no volvían por algún tiempo.

Aquella noche no recordaba nada. Y eso era bueno. Sería una mala noche para andar recordando.

Bebió otro trago y alzó la vista.

Halloran se había ido ya. Nick estaba apoyado contra el fondo del mostrador, con la vista fija en el infinito. Quizás Nick estaba preocupado. Quizás a Nick le daba miedo morir. Quizás debería decirle algo a Nick para que se sintiera mejor. Nick no era un mal tipo, exceptuando que era un poco áspero cuando no tenía clientes delante.

- Está bien, Nick. Probablemente ni siquiera sentiremos nada cuando suceda - dijo Johnny.

Nick soltó un juramento.

Así, pues, Nick no estaba en vena. Malo; aquella era una buena ocasión para hablar con alguien. Pero no con Nick. No, si Nick estaba de tan mal humor.

Quizás debería salir un rato afuera. Allí, al puente, unas cuantas manzanas más abajo, donde tanto le gustaba ir antes para mirar cómo bailaban los reflejos de las luces sobre la superficie del agua.

Desde luego, y ¿por qué no podría tener también una buena botella de whisky, sólo por esta única y última vez, para poder llevar consigo? ¿Por qué no, excepto por el humor en que se encontraba Nick, coger la gran automática que Nick guardaba bajo el mostrador, y, digamos sobre la una, disparar al aire y gritar? Como por Año Nuevo, o quizás mejor.

Demonios, el fin del mundo sólo sucede una vez. Uno debe de hacer algo.

- Nick - dijo.

Nick se dirigía hacia el fondo del bar, hacia la puerta que conducía a las habitaciones posteriores.

- En seguida. vuelvo, Johnny. Avísame si entra alguien - dijo Nick. Y la puerta se cerró tras él.

Johnny Gin quedó pensativo en su silla durante un minuto hasta que se dio cuenta de que aquélla era la oportunidad que estaba buscando. Nick estaba de mal humor. Nick nunca le daría una botella de buen alcohol, ni le prestaría el

arma. ¿Pero qué más le daban ya esas cosas a Nick, pensándolo bien? Nunca vendería aquel whisky, ni necesitaría ya la pistola para nada, ¿no era cierto?

Un poco asustado, Johnny se levantó y de puntillas pasó detrás del mostrador. Dejó la botella de «Brentwood», ya a poco más de la mitad, en la mesa de la esquina. Miró las botellas alineadas en el bar.

Se encariñó con una botella de coñac llena en sus dos terceras partes. Casi llena. Y él había bebido coñac en una ocasión, en alguna parte. Eso es, en París. En el París liberado, y él estaba embutido en un uniforme y tenía el brazo en cabestrillo, por lo que tuvo que beber con la mano izquierda. Sonrió ante el hallazgo. Se inclinó para leer la etiqueta. Un «Hennessy» Tres Estrellas.

Cogió la botella con cariño y reverencia, y luego se volvió hacia el cajón y lo abrió. Había allí mucho dinero, pero el dinero ya no tenían ningún valor. Nick sólo guardaba un poco de cambio en la registradora. Allí era donde guardaba los billetes más grandes para pagar a los suministradores. Johnny Gin pasó por alto el dinero y recogió la pistola.

Eran grande y pesada. Una automática del cuarenta y cinco. Pero le resultaba familiar. Él había tenido una anteriormente, y sabía manejarla. Había sido en Francia.

No oyó cómo se abría la puerta trasera, pero sí el grito de Nick y cuando se volvió pudo verlo con la cara congestionada por la ira y corriendo hacia él con las manos crispadas. La muerte brillaba en los ojos de Nick. Y Nick sólo estaba a unos pasos de distancia.

Se oyó un disparo.

Johnny no había tenido intención de hacerlo. El pánico le había agarrado la mano sobre la pistola al volverse. Eso era todo.

En el estrecho espacio de la taberna el estampido del disparo fue..., como el fin del mundo.

Nick se detuvo, y durante un minuto continuó de pie con una expresión estúpida en la cara.

- Nick, no tenía intención..., no estaba robando... Nick, es el fin del mundo y sólo quería... - sollozó Johnny.

Nick se derrumbó y quedó quieto en el suelo, detrás del mostrador. Comenzó a manar sangre bajo su blanca camisa, así como un hilillo de su boca.

Y Johnny Gin se dio cuenta de que ya no había razón para continuar disculpándose frente a Nick.

Un pánico ciego sacudió a Johnny Gin.

No podía salir de detrás del mostrador sin pasar por encima de aquello que había sido Nick Karapopulos. Pero de una forma u otra se encontró al lado de la barra, por lo que probablemente debió saltar por encima de ella. Luego se encontró en la calle, la automática aún fuertemente agarrada en su mano, y la otra apretando ciegamente el cuello de la botella de coñac.

Corrió media manzana hasta que tuvo que, detenerse, jadeando. Se apoyó en un poste de teléfonos hasta recobrar la respiración.

Sintió la necesidad de un trago y tiró del tapón con los dientes, escupió el corcho, y tomó un largo sorbo. Era fuerte y abrasador, y sin embargo, suave a la vez.

Sí, podía recordar esa sensación. Con el agradable ardor aún en su garganta miró hacia el cielo. Las estrellas parecían más cercanas y más amenazadoras que otras veces, y se preguntó si serían tan abrasadoras como

el coñac. Y ésta sería la última noche en que brillarían las estrellas... y nadie podría verlas ya más.

¡El fin del mundo! Tú, pobre loco Johnny Gin, ¿qué más da si has matado a un hombre, si de todas formas iba a morir al cabo de una hora? ¿Qué importa ya todo ahora?

El fin del mundo. ¿Es el fin del mundo? ¡El fin del mundo! Grita al cielo ya que dentro de poco éste te matará a ti, y dispara tu pistola contra él; quizás tocarás una estrella. Éste es el final de todo, Johnny Gin, y el cielo ya ha matado a Nick Karapopulos y tú ya no tendrás que fregar más su bar.

Se abrieron algunas ventanas y alguien gritó enojado. Quizás aquellas gentes estaban durmiendo y no habrían leído los diarios o escuchado las noticias por la radio. Quizás ellos aún no lo sabían...

Johnny se lo gritó mientras corría hacia el puente. Éste era el lugar exacto. Esas luces sobre el agua negra, y las estrellas en el fondo del río, bajo el agua. Esas fieras estrellas del firmamento asesino.

Grita, Johnny Gin. Pero ahorra tus balas hasta que comiencen los fuegos artificiales. Pero estaba ya resollando y tuvo que apoyarse contra una pared. Y se oyeron unos pasos detrás de él, unos pasos fuertes que corrían, aporreando la acera.

Corrían tras de él, y él intentó correr más rápido, y pudo escuchar un grito, y luego «¡Alto o disparo!» y el silbido de una bala, y después el estallido de su propia pistola mientras se volvía para disparar.

Y vio como el uniforme azul caía sobre la acera, abandonando la persecución y luego ya no se oyeron más pisadas golpeando sobre la acera.

Tampoco había querido hacer esto. Él no sabía que podía... y además aquel disparo había resultado misteriosamente afortunado. Él no pretendía... pero no podía permitir que le detuviese precisamente entonces. Nunca, estando los fuegos artificiales los grandes fuegos, tan cercanos.

Tropezó y luego se vio obligado a descansar por un momento, apoyado contra un edificio. Llevose la botella de coñac a los labios, bebió, y luego se atragantó y tosió.

Volvió a tropezar, y se dio cuenta de que estaba sobre el puente y que debajo había agua y se apoyó contra la barandilla para mirar la oscuridad salpicada de estrellas en el agua y las luces centelleantes y la quietud plateada de la luna navegante.

Se guardó la pistola en el bolsillo para tener una mano libre y levantó de nuevo la botella. Ya sólo quedaba un poco en la botella; la mayor parte se le había derramado mientras corría. Le quemaba la garganta, y sintió cómo se le descarnaba la boca y el alma, y no hallaba consuelo en la quietud del agua que corría bajo él.

Has matado, Johnny Gin. Probablemente a dos hombres, y uno de ellos era un policía. El fin del mundo sabe amargo en tu estómago y te es difícil olvidar la sangre que brotaba de la boca de Nick Karapopulos y comienzas a recordar además otras cosas.

Esto es una porquería, Johnny Gin. No es un buen final del mundo y tú lo sabes. Y no vas a durar siquiera para verlo, ya que enviarán los coches de la policía tras de ti, y además ya lo están haciendo, pues se oyen las sirenas que se acercan. Y aquí, en medio de un puente, no hay donde esconderse.

Cada vez más cerca. Van a pegarte un tiro, Johnny Gin.

Cada vez más cerca.

Y el agua negra aquí mismo, y ya estaba él subiéndose a la barandilla. Nunca le encontrarían allí, dentro del agua oscura.

Y el horrible choque con el agua helada. Chocó contra el fondo y salió a la superficie, aunque sin necesidad de nadar pues una vez incorporado vio que el agua le llegaba a la altura del pecho, y que sus dientes estaban castañeteando. Temblando de tal forma que llegó a preguntarse si el coche de la policía, que pasaba en aquel momento por encima de él, lo oiría. Tenía frío, un frío de muerte, y el frío sereno. El choque contra el agua y luego otro peor cuando fue recordando y se dio cuenta de lo que había ocurrido.

Gracias al shock producido por el agua fría, cada vez veía más claro. Despacio, aquél que había sido Johnny Gin se encaminó hacia la orilla de aquel agua negra y helada...

La voz de la recepcionista sonó extraña en el teléfono. Muy extraña.

- Si, mister Halloran; dice que le avise que sube a verle.

- Al infierno con él - rugió Halloran -. Maldita sea, sabe usted perfectamente que a la una cuarenta y cinco tiene que estar lista la tirada de hoy y ya casi es la hora, Tendrá que...

La voz de la telefonista continuaba extraña.

- Pero, mister Halloran, es que lleva una pistola. Dice que no quiere esperar. Pero quiere que usted sepa que está subiendo.

- ¿Cómo? - dijo Halloran -. ¿Cómo ha dicho que se llama?

- John Wilcox, míster Halloran... y... - Halloran oyó como titubeaba y la voz de otra persona diciéndole algo -. Y dice que tiene que verle a la una cuarenta y cinco. Dice que el mundo está... uh... a punto de acabar, a la una cuarenta y cinco, Creo... uh... que no está de guasa, mister Halloran.

Halloran palideció. Miró hacia el reloj.

- ¡Llame a la policía - dijo -, aproveche mientras él esté subiendo!

- De acuerdo, mister Halloran, me dice que le avise que va a subir...

Halloran colgó el auricular y salió corriendo.

Y lo hizo a tiempo. Había escrito su última línea... aunque no de la forma que había imaginado.

Era exactamente la 1,45 cuando Halloran salió por la puerta trasera que conducía a la calle, Y John Wilcox, el que había sido antes Johnny Gin, habla imaginado lo que Halloran iba a hacer y le estaba esperando allí.

El fin del mundo para Halloran, y precisamente cuando él lo había predicho. Un buen chiste a su costa y una verdadera lástima, realmente, que no viviera para poderlo apreciar. Pero quizás no lo hubiera comprendido. Ya les dije antes que no era muy sutil.

FIN

Enviado por Paul Atreides